

IN MEMORIAM

HERBERT J. PORRAS

Escribo profundamente apenado por la noticia de la muerte de nuestro amigo Herbert J. Porras. Con él se va uno de los personajes más notables del movimiento católico tradicional y del hispanismo en los Estados Unidos. En cuanto al primer aspecto, era promotor del muy prestigioso *Christian Law Institute*; fundador del grupo de *Friends of the Catholic City* —inspirado, y no sólo en el nombre, en nuestra actividad de formación cívica y acción doctrinal, según el derecho natural y cristiano—; organizador de un importante Symposium anual en El Paso, al que acudían intelectuales y dirigentes de grupos católicos de todos los Estados Unidos; y auténtico centro de una red impresionante con contactos a lo largo de todo el mundo: Méjico, Argentina, Chile, España, Italia, Francia, Inglaterra, Austria, Alemania, Australia, etc. En cuanto a lo segundo, discípulo del P. Ernesto Burrus, S. J., su programa de televisión *Perspectiva*, no tenía prangón. Asimismo ejercía de corresponsal de nuestra *Verbo*, para la que escribo estas líneas, y de la fraternal *Iglesia-Mundo*; y *FUNDICE*, la institución para conmemorar el quinto centenario de la evangelización de América, le contaba entre sus miembros más activos.

Hacia años que nos carteábamos, aunque no nos conocimos personalmente hasta el mes de octubre pasado, aquí en España, y en el monasterio de Poblet, con motivo de la XXIX Reunión de amigos de la Ciudad Católica, en la que participó destacadamente y en la que obtuvo el sincero reconocimiento de los amigos españoles. De allí me surgió una invitación para que visitara los Estados Unidos, lo que tuvo lugar en febrero de este año —según consta en crónica amabilísima del número anterior de *Verbo*— y recuerdo con nostalgia ahora. Todavía el sábado 13 de julio, pocos días antes de su fallecimiento, me llamó por teléfono e hicimos proyectos de futuro, en particular para los siguientes Symposiums de noviembre.

Nunca olvidaré las atenciones que entonces tuvo para con-

migo —ni las que continuó teniendo a través de envíos diversos—, y guardo recuerdo imborrable de su bondad, generosidad y sencillez. Bajo su apariencia humilde, pocos conocían sus títulos académicos —*Jurisprudence Doctor* entre otros—, y sus estudios en las Universidades de Austin, Oxford, Estrasburgo y Salamanca. Precisamente en la última, y por esas carambolas de la Providencia, conoció al P. Victorino Rodríguez, O. P., que le puso en contacto con nosotros. Y su aspecto desaliñado —y su entorno desastroso exteriormente— ocultaba un gran corazón, volcado hacia los más pobres y necesitados, y entregado completamente a la causa del apostolado intelectual y político. En suma, una gran persona, un gran católico. Por esas casualidades de los encuentros a que antes me refería, lo había comentado en las últimas semanas con mis grandes amigos, que también lo eran de él, los profesores Lorenzo G. La Farelle y Frederick D. Wilhelmsen.

Texas, y la zona de influencia hispánica de los Estados Unidos, para la que tenía ambiciosos proyectos, pierde un personaje de primer orden. La Ciudad Católica, uno de sus más entregados militantes. Y quien escribe estas líneas un amigo inolvidable. Si Dios quiere que vuelva a rodar los caminos de Texas y New México, no me será fácil olvidar la evocación, de antiguo héroe —y más del *mission trail* que del *far west*—, de Heriberto Porras. Descanse en paz, y reciba su viuda nuestra condolencia.

MIGUEL AYUSO.